

que allí siguen siendo muy marginales.

P.—¿Y cuál es su opinión acerca del "nouveau roman"?

S. S.—Me interesa mucho. No fue, sin duda, un acierto completo, pero me provocó muchas sugerencias. Cuando leo una novela de Roth o de Saul Bellow no pienso en nada, no me sugieren, no me dan qué pensar, son demasiado confortables.

Literatura latinoamericana

P.—¿Conoce la actual literatura latinoamericana?

S. S.—Muy poco. Borges, claro, como todo el mundo, aunque he de decir que lo descubrí hace quince años, en francés, o sea, que me adelanté mucho, pues en inglés ha sido traducido sólo hace cuatro años. También Octavio Paz, Cortázar... y ahora acabo de leer «Cien años de soledad». De los españoles, Goytisolo, pero poco, en general muy poco. Estoy mal informada, al fin y al cabo como casi todo el mundo, pues la literatura en español sigue siendo poco conocida fuera de sus países. Sí, se conoce a Borges, de igual modo que antes se leyó a García Lorca, pero estos son las «vedettes», no hay un conocimiento profundo.

P.—Y de lo que ha leído —Borges, Cortázar, García Márquez—, ¿cree que ofrecen en sus métodos narrativos una alternativa importante respecto al género novelesco, como antes decía encontrar en cierta novela europea?

S. S.—Sí. Personalmente me siento más próxima a la literatura latinoamericana que a la norteamericana. Creo que América Latina es ahora el lugar más interesante en todo el mundo para la literatura. ¡Hay un talento por allí formidable! Han unificado magníficamente tradiciones europeas y norteamericanas.

P.—Leyendo el artículo "Contra la interpretación", de su primer libro de ensayos, da la impresión de que alguno de los paradigmas que usted propone respecto a una literatura que se aparte de la hermenéutica y se oriente a una progresiva sensualización de la forma manifestada en el acto de la lectura, está escrito pensando en la obra de Borges. ¿Es cierto?

S. S.—Sí. Borges es, era, un modelo para mí. Ahora ya no le leo (no es falta de agradecimiento), pero me sentía muy unida a él. Lo he digerido muy bien. Y eso es justamente lo que echo de menos en la literatura norteamericana: el aspecto fantástico y también el aspecto intelectualista.

Cuba y Ortega

P.—He tenido ocasión de leer un artículo que usted escribió sobre Cuba a raíz de un viaje a la isla. ¿Podría hablar de su experiencia cubana?

S. S.—He visitado varias veces Cuba y, en suma, soy muy «pro-cubana». Es un país que está aún en proceso de descolonización y tropieza con muchas dificultades, pero con todos sus defectos me parece uno de los modelos de las posibilidades sociales que pueden alcanzarse. Representan un comunismo muy especial, muy de ellos. Y, aparte de otros aspectos, me gusta el «nuevo cine» cubano, que ha realizado algunas películas muy buenas y que tiene el mérito de haber tenido que partir de cero, pues no había un cine cubano antes de la revolución.

P.—¿Ve usted alguna relación entre Cuba y los regímenes socialistas europeos?

S. S.—No, no creo que las haya. Cuba no es una sociedad perfecta, pero cuando se ven las condiciones de las que tiene que partir para crear una nueva sociedad, siento propensión a excusarlos, en cierto modo. La preocupación dominante en Cuba es evitar los horrores de los otros países comunistas del Este de Europa, que son, para mí, regímenes espantosos desde el punto de vista de creación de un nuevo modo de vida. Esos países no son, ni mucho menos, modélicos, pero sí Cuba, a pesar de que las condiciones de vida son muy duras y tienen que vivir en estado de sitio. En Cuba se siente una auténtica libertad.

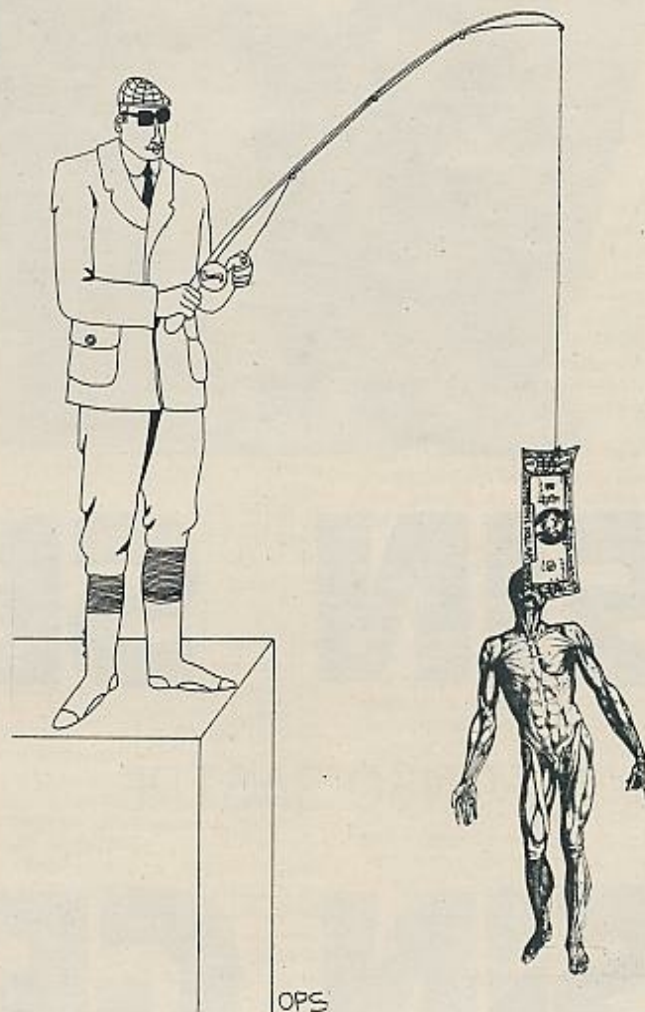
P.—Quisiera, ya para terminar, que me aclarara su postura respecto a Ortega y Gasset, ya que en España causó cierta sorpresa en algunos medios leer las citas que usted hacía en su libro de "La deshumanización del arte".

S. S.—Bueno, también Ortega está ahora muy lejos de mis preocupaciones, y, como Borges, se trata de alguien que hace tiempo que no leo, pero varios años atrás Ortega fue muy importante en mi formación, me influyó mucho. Mis ideas estéticas se basan, fundamentalmente, en él y en Valéry. No ignoro que sus opiniones políticas eran horribles. Salvando las proporciones, es el mismo caso de Nietzsche. Se pueden detestar sus opiniones acerca de la mujer, sobre esto o aquello, pero, a pesar de todo, Nietzsche continúa teniendo una influencia radical y liberadora. A mi juicio, Ortega, desde luego con una presencia menos significativa que Nietzsche, representa lo mismo. Tuvo opiniones detestables, reaccionarias, pero las tendencias de sus ideas son liberadoras.

■ V. M. P.



OPS



OPS